

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO

ORGANITIZAKEPEDEERIOCIQAACAPS



## SAHARAI\*

por Margaran | Categoría adulta relato corto

No tenía claro qué me encontraría al llegar a Tindouf, sólo sabía que estaba cogiendo un vuelo en el aeropuerto de Madrid que me llevaría a Argel y de allí, tras una larguísima escala, cogería otro vuelo hasta el pequeño aeropuerto de Tindouf, en Argelia, lugar de llegada para todo aquel que se dirigiera, como yo, a los Campamentos de Refugiados Saharais.

Un pequeño contacto con el pueblo saharai, en forma de una niña de apenas diez años que pasó el verano en casa, me bastó para decidirme e iniciar un viaje que, según pensaba, iría más allá de un mero “conocer mundo”, pretendía iniciar una búsqueda de mí mismo conociendo a un pueblo que me había abierto los ojos en sólo dos meses, los que duraba el Proyecto “*Vacaciones en Paz*”, mediante el cual muchos niños saharais abandonaban las duras condiciones climatológicas del verano en la *Hammada* argelina para pasar esos dos meses en familias de acogida, como la mía.

La chiquilla que llegó a casa me enseñó a ver la vida desde otras perspectivas que no me había planteado hasta entonces, a ver el mar en cucullas desde a orilla, observando simplemente su inmensidad, su poder, su majestuosidad, a salir a la calle un día de lluvia, y dejar que ésta me mojara por completo, porque no se sabía cuándo se iba a repetir, a cuidar que no se desperdiciara el agua, que hay muy poca...

Las tardes de conversaciones sobre lo que importaba y lo que no, sobre la fidelidad a los amigos, el trato al huésped, el amor a los abuelos, el culto al pasado, la identidad común como pueblo único..., algo que, no por olvidado en nuestra cotidianidad, debía dejar de ser tenido en cuenta todos los días.

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO



Y así, con una mochila con algo de ropa, un saco de dormir, alguna linterna y un pasaporte con visado para la RASD, decidí emprender un viaje para *ayudar en lo que pudiera* a ese pueblo que me había deslumbrado de repente y que, todavía no lo sabía pero lo aprendería pronto, me daría más a mí de lo que podría darles yo a ellos.

Tras una escala larga “*como el exilio*”, en el aeropuerto de Argel, en la que no dejé de hablar con cuantos saharauis tuve ocasión los cuales, además, me ofrecieron lo que tenían para hacer más llevadera mi espera, dos vuelos con aterrizajes algo bruscos para mi gusto y un viaje en el asiento trasero de un Land Rover, con más años que el fuego, por mitad de la nada, de noche, y maravillándome de cómo son capaces estos habitantes del desierto de orientarse y llegar a su destino sanos y salvos, llegué a Rabouni, capital administrativa de la República Árabe Saharaui Democrática o, lo que es lo mismo, los Campamentos de Refugiados Saharauis que, por obra y gracia de la falta del escrúpulos de las Naciones Unidas, permanecían en tierra de nadie, exiliados y acogidos por el hermano pueblo argelino, desde el año 1975, en que el Rey de Marruecos ordenó una invasión “a sangre y fuego” para dominar a los saharauis y hacerse con su territorio, tras el vergonzoso abandono del Gobierno de España a lo que hasta entonces habían sido dos provincias más.

Desde ese mismo día decidí dar a mi viaje el marcado carácter solidario que esperaba, me integré en grupos de trabajo de personas venidas de todas partes del mundo que llegaban a, por ejemplo, reconstruir un ala de un hospital, o dotar de material y mobiliario a una escuela, o a repartir material de aseo y de alimentación a paralíticos cerebrales, o a colocar placas solares en una escuela de ciegos... Poco a poco sentía que mi labor allí me hacía “buena persona”, que estaba dando algo a un pueblo que lo necesitaba y, sobre todo, que se lo merecía, que su causa era justa y que no podíamos dejarles allí sin más.

Pero mi verdadera transformación la sufría cuando, al atardecer, dejaba la labor que estuviera haciendo en ese tiempo y me acercaba a la *Jaima* de algún amigo de los que había ido haciendo durante ese tiempo. Las charlas interminables sobre el mundo actual, compartir la comida que hubiera, procedente toda ella de la ayuda humanitaria, la sonrisa franca de los niños, a los que se les escuchaba siempre, aunque tuvieran que parar la conversación que mantenían, las frescas carcajadas de las mujeres saharauis, siempre dispuestas a la broma, la sensación de calma, de paz, de *estar en casa...*, y el sempiterno té o, mejor dicho, sus tres té, el primero

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO



*amargo, como la vida, el segundo dulce, como el amor y el tercero suave, como la muerte.*

Hace ya mucho tiempo que me considero de aquí, no he vuelto a mi vida anterior, mi compromiso con el pueblo saharauí es incondicional y, me digo, personas como yo somos necesarias para mantener el nivel de solidaridad mundial y que nuestra sociedad no se hunda definitivamente en el fango, pero soy consciente de que esto es sólo una verdad a medias. La realidad es que el pueblo saharauí me ha integrado como uno de los suyos, como un saharauí más, necesito vivir su vida cotidiana, necesito asomarme a su cielo estrellado, como en ningún sitio se puede ver, necesito su optimismo, su risa, su camaradería, necesito el trato que me dispensan, como si fuera un superhéroe, cuando son ellos los que demuestran superpoderes día a día, necesito, en fin, ser lo que soy actualmente, soy Saharauí.

*\*Este relato no refleja en absoluto la vida de nadie en particular, es fruto de la imaginación, o el deseo, de un enamorado del pueblo saharauí y, aunque parte de él refleja la realidad, cualquier parecido es pura coincidencia.*

Por Margaran